

súbditos, reprendiendo al impío y licencioso, ó aconsejándole la virtud; obras de religion; defendiendo los lugares santos y personas consagradas á Dios; obras de justicia y caridad, impidiendo la muerte de algun infeliz que cae en sus manos; obras de obediencia, observando la disciplina militar; obras de mansedumbre, perdonando á los que le han ofendido; actos de humildad, soportando las altiveces de sus superiores; obras de penitencia, haciendo frecuentes actos de contricion en los riesgos de la guerra; actos de reconocimiento, atribuyendo á Dios el suceso de la batalla; actos de fe, esperanza y caridad, poniendo en Dios toda su confianza.

Las tropas españolas serian invencibles, si su devocion fuese igual á su valor.

Hasta aquí el Diálogo. ¡Ojalá que todos los militares se aprovechen de él! Si esto sucediese, quedaria satisfecho mi amor, y recompensados abundantemente mis trabajos; creyendo hacer un grande servicio á los militares, he traducido la siguiente vida de un soldado.

### Advertencia.

*Al ver el grande aprecio que tiene en Francia é Italia la presente historieta, me he movido á traducirla, esperando que no solo tendrá la misma acogida entre los españoles, sino que tambien producirá iguales efectos; librito á la verdad pequeño en volumen, pero grande en la sustancia y admirable en la historia: encargo mucho se lea con detenimiento, y despues se experimentará lo que si ahora dijera, podria no ser creído.*

## VIDA DE FRANCISCO FILIBERT, LLAMADO LA FEULLADE,

ESCRITA POR EL CÉLEBRE ABATE CARRON EN IDIOMA FRANCÉS; TRADUCIDA EN ITALIANO POR L. Z., Y ÚLTIMAMENTE EN ESPAÑOL POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio Maria Claret,

Arzobispo dimisionario de Santiago de Cuba.

Nació Francisco Filibert en el siglo décimo-séptimo, de padres artesanos, en el barrio de San Lorenzo de Nevers. Desde sus primeros años se ocupó en el oficio de zapatero, aunque no continuó, porque la sublimidad de su ánimo, superior á su condicion, le hizo abrazar el arte militar; y alistado en la compañía de Milan del regimiento de Vexin, fue enviado á su regimiento, que en aquel entonces estaba de guarnicion en Cassale de Italia. No tardó mucho en dar pruebas de valeroso soldado, por lo que uniendo á la adquirida fama la belleza de su persona, aire marcial y estatura no comun, fue agregado á la compañía de granaderos.

Los tres primeros años del servicio los pasó en el libertinaje, cosa tan fácil en los militares. Vencido desde un principio del respeto humano,

y de aquí corrompido cuanto puede decirse, se abandonó á la carrera del vicio, aunque no se dejó arrastrar de la impiedad, ni del robo, ni del asesinato, que tanto desdoran á una persona aun á los ojos del mundo. Tenía tal horror al delito de abandonar sus banderas, que lo miraba como una traicion infame hecha al príncipe y á la patria: y decía «que una tal vileza merecía «los mas severos castigos.» Como su valor y su excelente espíritu le daban tanto ascendiente sobre todos sus compañeros, el regimiento le debió el haber impedido á muchos la fuga con sus exhortaciones y ejemplo.

En la campaña de la Hogue <sup>1</sup> en Normandía, se hallaba acampado su regimiento sobre la costa del mar, y como hubiese desaparecido el enemigo, que amenazaba un desembarco, gozaba de algun reposo. Una tarde nuestro soldado estaba en una tienda de campaña con otros muchos soldados amigos suyos, que sabian leer (cosa de que él carecía, por haber sido sus padres negligentes en procurarle una instruccion tan útil), y algunas veces le procuraban el dulce consuelo de escuchar la lectura. Habiendo, pues, uno de ellos sacado de la faltriquera un libro intitulado, *Conversion de un soldado*, que un hombre de bien habia procurado diseminar en el ejército, se lo puso á leer; y como si el contenido de este libro fuese únicamente escrito para Filibert, escuchólo atentamente, aplicando á su persona todo lo que oía. Despues de esta lectura, muy pensativo

<sup>1</sup> La Hogue ú Hougue, *Oga*, es una hermosa rada de Francia, en la provincia de Normandía, y á dos leguas sur de Barbeur.

se marchó solo, y paseándose por largo rato en un campo vecino, se sentia atormentado de su propia conciencia, por lo que unas veces se herria el pecho de dolor, otras veces se postraba en el suelo, y muy á menudo levantaba al cielo los ojos bañados en lágrimas. Al toque de retreta, se retira á su tienda; pero aquella interna pugna continúa; los profundos suspiros no le permiten el sueño; un amargo dolor le oprime, y habiéndose sus compañeros dormido, pudo dejar correr libremente sus lágrimas y suspiros. Al rayar la aurora, se fué á su capitan, pidiéndole el permiso de ir á Valoñes para consultar á un famoso médico acerca de un mal que el dia antecedente le habia sobrevenido, el que le hacia sufrir agudísimos dolores. El capitan viéndole pálido y desfigurado, le dijo: «¿Que te ha sucedido, mi querido Filibert?... Véte con Dios «y no tardes en volver sano; porque si el enemigo hace su desembarco, estés aquí, pues te «necesitamos.»

Andando por el camino de Valoñes, decia entre sí: «¡Ah, si mi comandante supiese la naturaleza de mi mal, de otro modo se compadecería de mí!...» Entonces el Señor se dignó darle tal conocimiento de sus pecados, y esto con tanta amargura de corazón, que creía morir de dolor; y muchas veces como si llevase un gran peso, le era preciso pararse, sin poder dar ni siquiera un paso adelante: llegado finalmente á Valoñes, y reparado algun tanto de la fatiga del camino, entró en la iglesia de los Padres Capuchinos en que habia determinado confesarse. Pero el enemigo de su eterna salvacion le embiste de ma-

nera, que, perdida enteramente la memoria, se le huyeron de la mente todos sus pecados, y con una interna voz le decia: «¿Qué te servirá el tomar otro rumbo de vida?... ¿No vives como los demás? ¿no son por ventura los otros personas honestas, honradas y gente de bien?... pues ¿qué pretendes tú reformar en tu conducta?... Tú eres soldado y puedes en buen hora gozar de las delicias y placeres de tu profesión... el ser devoto déjalo para las mujeres y hombres apocados... ¿No ves que no es posible hacer otra vida en la carrera militar?... por fin, aunque comenzases esa soñada nueva vida, ¿cómo podrás ser constante en ella y resistir al ejemplo de tantos compañeros que no son mejores que tú?...» Estos pensamientos le detienen... se avergüenza y aun se irrita contra sí mismo por haber tenido deseo de confesarse... de allí á poco le volvía el mismo deseo de confesarse, pero luego le desaparecía tal pensamiento y quedaba fluctuando, ya cediendo á la tentación, ya resistiendo con valor.

Pasó algunas horas de rodillas en esta cruel incertidumbre sin poder pronunciar el nombre de Dios, nombre de salud, que disipa todas las tentaciones, y en su lugar le vienen á la memoria los reniegos y palabras impúdicas que en su libertinaje habia proferido, estando casi á punto de repetir las. Finalmente, no sabiendo resistir mas á tan horroroso combate, salió de la iglesia y se fué al campo. Tres dias enteros pasó en esta violenta situación, yendo á Valoñes con el designio de confesarse, y volviéndose al campo sin haberlo efectuado; no comia, ni bebia, ni des-

cansaba; solamente el dolor y las lágrimas le traian siempre ocupado. En tan horrible aflicción le vino este consolante pensamiento: «¡Oh Dios mio! un pecador como yo, que he merecido millares de veces el infierno, merece bien que le abandoneis: despues de haberse resistido tantas veces á vuestras santas inspiraciones, es justísimo que Vos le volvais las espaldas y le abandoneis á sus malos hábitos; pero suceda lo que sucediere, yo confesaré todos mis pecados á Vos ¡oh Dios mio! y á vuestro ministro... Sí; confesaré mis pecados, aunque me hubiese de costar la vida.»

Al dia siguiente marcha muy de mañana á la misma iglesia, en donde hallando un buen sacerdote, le dió parte de la mortal agonía á que le tenia reducido el deseo de convertirse. El hombre de Dios le consuela y le anima para hacer una confesion general. Filibert la empieza al momento; la hace exacta y circunstanciada, interrumpiéndola muy á menudo con sus dolorosos suspiros. Enternecido el confesor, mezclaba sus lágrimas con las del penitente. Concluida, por último, la acusacion de todos sus extravíos, conoció el confesor las extraordinarias disposiciones de su penitente, y sabiendo por otra parte lo próximo de la batalla que se esperaba en el desembarco del enemigo, pronunció las palabras de reconciliacion. Pero ¡oh cuán eficaz y pronto fue su efecto, y cuán al vivo sintió el nuevo penitente el fruto de la sangre y de los méritos de Jesucristo que por medio de este santo Sacramento se le habian aplicado! La calma sucedió á la tempestad, y la unción de la gracia llenó

de alegría su corazón. Retirado y solo en una capilla, puesto de rodillas con las manos juntas, se sintió desde el principio como fuera de sí; pasó muchas horas en un profundo recogimiento hasta perder los sentidos; finalmente vuelto en sí, se levantó penetrado de este santo sentimiento, que quedó vivamente impreso en su alma, á saber: que en adelante debía ser un servidor fiel y celoso de Jesucristo, ya que este buen Padre le había perdonado tantos pecados.

Lleno de gratitud por el beneficio inestimable que acababa de recibir, nuestro convertido soldado se fué por la tarde al campo, del todo cambiado en otro hombre, y tan alegre y contento, que al verle sus compañeros le dijeron: «Hola, Filibert, estás muy contento, ¿qué buena fortuna te ha acontecido?» A lo que respondió: «La mejor fortuna que puede acontecer á un cristiano y que yo quisiera poder procurar á todos.» Y rodeándole todos sus compañeros solícitos de oír contar la causa de tan extraordinaria alegría, les dijo: «Camaradas míos, la grande fortuna que me ha acontecido, es que he hecho confesion general con un santo sacerdote, y si quereis creer á un amigo que os quiere tanto como sabeis, mañana haced vosotros lo mismo: en prueba de que os digo verdad, me ofrezco á conducirlos, y estoy bien persuadido que tendrá con vosotros la misma caridad que ha tenido conmigo.» A tales palabras contestaron todos con risa y decían: «¡Filibert se ha convertido!... Si esto es verdad, también podemos nosotros esperar que con el tiempo nos convertiremos.»

Una noticia tal suscitó cierta especie de persecucion contra Filibert. Sus compañeros viéndole orar á menudo, y que con vivo fervor asistia todos los dias á la santa misa con una postura edificante; que del todo abandonaba el juego y la embriaguez; que no miraba jamás la cara á mujer alguna, y que las palabras que decia, eran siempre palabras de paz y de dulzura, desde luego miraron su conducta como una oculta y callada, pero enérgica censura de su libertinaje. Por lo que indignados contra él, trátanle de fanático y de hipócrita; llénanle de insultos y ultrajes, esforzándose de mil modos por inducirle á alguna querella; pero siempre fue en vano; léjos de irritarse por estas injurias, aun interiormente se alegraba: «¡Ah! decia algunas veces, yo no me he avergonzado de seguir el libertinaje, ¿y ahora me avergonzaria de seguir la virtud? A un tan grande pecador como yo ¿jamás se le dará demasiado que sufrir para expiar sus pecados.»

Su constante firmeza en no entibiarse en la práctica de sus piadosos ejercicios, en ayunar, en abstenerse aun de aquello que tuviese la mas pequeña apariencia de mal, en no dejar pasar ocasion alguna de practicar el bien; su invencible paciencia en sufrir los insultos, sarcasmos y dieterios malignos y continuos de sus compañeros, y su generosa franqueza en sostener el primer propósito; todo esto junto desconcertó y desvaneció aquellos viles detractores de la virtud. Luego cesaron de insultar y afean á un compañero que se avergonzaban de no seguir; le comenzaron á estimar, y aun no habian pasado

seis meses de su conversion, que ya le admiraban todos, y era el objeto de una veneracion universal.

Habiéndose terminado la campaña de la Hogue, al regimiento de Vexin se le señaló por cuartel de invierno la ciudad de Valoñes, y entonces Filibert confirmó la obra de su conversion en la misma ciudad en que habia tenido la suerte de comenzarla. Iba á visitar á su confesor, y ayudado de sus consejos, se impuso por sus pecados una regla de satisfaccion, que cumplió exactísimamente hasta la muerte. Hacia vida de religioso bajo las insignias militares; ayunaba con la mayor austeridad todos los miércoles, viernes y sábados, y á mas de esto muy á menudo no tomaba sino pan y agua; muchas veces á la semana traía cilicio y usaba tambien un cinturon compuesto de puntas de hierro que abrian en su carne sangrientas llagas. Se valia aun de otro género de mortificaciones con que castigaba su cuerpo como culpable, y el santo odio que le profesó, dispuso su alma para recibir las extraordinarias gracias que Dios le tenia preparadas.

Conociendo que la ociosidad le habia abismado en tantos pecados, se ocupó en aquel antiguo oficio que el orgullole habia hecho abandonar, de modo que todo el tiempo que le dejaban libre las obligaciones de soldado y fervoroso cristiano, lo empleaba en su cuarto, haciendo y componiendo zapatos para poder con esto socorrer á los pobres, ejerciendo su profesion como un ministerio de penitencia y caridad. Siendo de cuerpo ágil y expedito, diestro como el que mas en el

manejo de las armas, de espíritu vivo y cortés, bien hablado, á pesar de no tener estudios, de natural fuerte y magnánimo, llevaba hasta entonces escondido bajo un aspecto noble lo oscuro de su origen; pero ahora quiere ser tenido por lo que es, diciendo públicamente ser un pobre zapatero y un miserable pecador. Amaba extraordinariamente la lectura, que habia sido causa de su conversion, conociendo que ninguna cosa le podria ayudar mejor á mantenerse en aquellos buenos sentimientos de que Dios le habia penetrado, que el leer cada dia alguna cosa edificante. «Yo quiero, solia decir, aprender á servir á Dios.» Para esto, durante el tiempo de invierno escogió un maestro á quien visitaba todos los dias muchas veces, aprendiendo con la sencillez y docilidad de niño los primeros elementos de lectura. Con tan buenas disposiciones adelantó de tal suerte, que en pocos meses supo leer perfectamente los libros que le prestaban sus confesores. En todos los lugares en que hizo alguna detencion, procuró siempre con sumo cuidado elegir buenos guias para su conciencia, descubriéndoles toda su alma, y estos en cambio procuraban adelantarse en la perfeccion, franqueándole las obras mas propias para iluminarle santamente y alimentar su piedad. El libro de los santos Evangelios, la Imitacion de Cristo y las Obras de santa Teresa eran su cotidiana lectura; leyéndolas continuamente y siempre con nuevo empeño.

Los auxilios de una particular gracia y la constante fidelidad con que á ella correspondia,

le dispusieron á sublimarse poco á poco hasta al mas encumbrado grado de oracion. Comenzó á orar con el modo mas sencillo y mas comun, á saber: se ponía en la presencia de Dios, á la que se tenía por indigno de presentarse, y adoraba la soberana majestad de Dios; luego hacia un acto de contricion á fin de purificar su conciencia; acabado esto, se representaba una de las verdades de nuestra santa fe, ó bien se proponía alguna parte de la Oracion dominical, y reflexionando acerca de ella y aplicando su sentido á sí mismo, se penetraba de ella, se esforzaba á sacar algun fruto, formaba sus resoluciones, y concluía pidiendo á Dios las gracias necesarias para su ejecucion. Gustaba mucho de la santa meditacion, porque conocia bien no haber cosa mas propia que esta para poderle mantener en la vida penitente que habia abrazado.

Segun los consejos de sus confesores se habia prescrito dos horas de oracion al dia, una por la mañana y otra por la tarde. Jamás faltó á este santo ejercicio, procurándolo siempre cumplir en la iglesia si podia, ó por el camino cuando su regimiento estaba de marcha, y aun en las ocasiones mas peligrosas y en presencia del enemigo. De su mismo recogimiento era fácil notar estas dos horas de oracion, y entonces echaban todos de ver que hablaba con Dios y Dios con él. Una hora antes y otra despues de la oracion se ponía en silencio, el que no rompía sino por cosas absolutamente necesarias. Este piadoso ejercicio le ocupaba casi seis horas del dia, sin contar con la lectura y súplica, alimentos ordi-

narios de su alma. Se sustentaba en la práctica del bien obrar con el Pan de los fuertes que recibía al principio todos los domingos, y despues tuvo la dichosa suerte de poderle recibir todos los dias. Estando en Dunkerque, descubrió el estado de su alma y sus internos afectos á un religioso, quien le aconsejó que no angustiase su espíritu empeñándose en seguir su método ordinario de hacer la oracion, siempre que observase qué sentimiento se le inflamaba desde que la empezaba y le llevaba á Dios y á sus perfecciones, como con frecuencia le sucedía.

Filibert hacia sus súplicas con la mas fervorosa piedad: estas eran seguidas mañana y tarde de media hora de lectura; asistía á todas las misas que se decían en el campo, si no se lo impedían sus deberes. Aunque estaba tan aficionado á sus ejercicios, sin embargo lo dejaba todo, cuando se trataba del servicio militar, persuadido que el bien solamente es bien, cuando se hace sin faltar á los deberes del propio estado, y que servir al soberano y á la patria en la presencia de Dios, es lo mismo que servir al divino Padre en el modo que á él le es mas agradable. Sus dias santamente ocupados, sus pasiones domadas, las consolaciones siempre nuevas y las gracias que el Señor derramaba en su alma, le hacían gozar las delicias de una santa paz, cuando hé aquí que de improviso una horrorosa tempestad echa su espíritu en medio de las mas espantosas tinieblas; apenas ve á Dios, ni menos se conoce á sí mismo; la oracion de que antes tanto gustaba se le convierte en suplicio; se tiene por uno del número de los réprobos, y un tal infeliz estado

que duró muchos días le redujo á una especie de desesperacion.

Uno de los primeros oficiales del regimiento con quien estaba intimamente unido con lazos de piedad, observó su interna turbacion, y le dijo: «Filibert, ¿qué tienes?... Conozco que estás en «grandes trabajos... ven á mi casa y me dirás lo «que te sucede...» Fuése el buen soldado á encontrar al oficial su amigo, y le descubrió el desolado estado de su alma; este le condujo á su confesor, hombre muy experto en la via interior, por lo que habiendo este sábio director oido la relacion del penitente, juzgó que lo que Filibert padecia, era una prueba que Dios hacia de él, para despues levantarle á un grado de oracion mas sublime, y por esto le dijo: «Vos que «habeis leído las Obras de santa Teresa, ya tendréis presente aquel caso que trae cási del todo «igual al vuestro; imitad, pues, su fidelidad, y «esperad que tras esta tormenta Dios restituirá «la calma á vuestro corazon.»

Estas palabras hicieron resolver á Filibert á sacrificarse todo para agradar á Dios; las tentaciones se redoblaron, pero otro tanto se redobló tambien su valor, de suerte que un dia estando solo en su aposento, sintiéndose muy molestado de pensamientos de impureza, entró de improviso una mujer con un aire el mas desenvuelto, diciendo palabras tan licenciosas, que Filibert agobiado ya con la rebelion de las propias pasiones ni siquiera se atreve á mirar aquella impudente, sino que sacando de su maleta una de sus mejores camisas, la dijo, teniendo siempre los ojos bajos: «Toma, véndela y cómprate pan.»

Desapareció al momento la infame mujer, y el fervoroso soldado salió para siempre victorioso de los pensamientos de impureza.

Algun tiempo despues de esta victoria, hallándose en una iglesia, y habiendo recibido la divina Eucaristía, se estuvo largo rato al pié del altar lleno de las mas dulces y consolantes ideas de la majestad y bondad de Dios, sin poder explicar suficientemente lo que le acababa de suceder; sin embargo, lo contó todo á su confesor con la mayor fidelidad, temiendo siempre los crueles artificios del fingido ángel de luz. El confesor le preguntó: «Hijo mio, decidme, ¿al «terminar la oracion os habeis sentido mas fervoroso, mas recogido, mas dispuesto á humillaros y á servir á Dios? — ¡Ah, Padre mio! «respondió, todas las cosas de la tierra desde «aquel momento me parecen insípidas, y me he «olvidado de todo lo del mundo, excepto lo que «pertenece á mi obligacion. Le confieso ingénuamente que me he sentido tan encendido en «el amor de Dios, que he dado el poco dinero «que tenia al primer pobre que se me ha presentado, sin pensar que me haria falta para «mis necesidades, y aun estoy pronto á dar la «propia vida por Jesucristo si se me presentase «ocasion. — Está muy bien, hijo mio, respondió «el director, y os suplico que aprendais de aquí «á juzgar de la bondad y eficacia de una oracion «por los efectos que produce en el alma. Esta os «parece extraordinaria, porque no es segun las «reglas; pero ¿sabeis vos que la oracion es un «don de Dios, y que Dios obra con sus amigos «del modo que mas le gusta? Está muy bien

«que conversemos con él algunas veces para exponerle nuestras necesidades, cual pobrecitos que vivimos de sus misericordias; pero cuando él solo quiere hablar á nuestra alma, conviene escucharle en silencio y recibir con humilde gratitud el don extraordinario de la oracion.» A lo que respondió Filibert: «Os escucho, Padre mio, como al mismo Dios; pero permitidme, por caridad, el que os diga que he leído y he oído decir muchas veces, que no se debe fiar mucho en aquellas contemplaciones en que el alma queda ociosa.—No hay duda, contestó el director, que se han de huir ciertas contemplaciones puramente pasivas, que conducen las almas á una ociosidad peligrosa. Estas almas se presentan á Dios sin hacer antes preparacion alguna, imaginándose que Dios ya lo hará todo, y saliendo de la oracion mas llenas de sí mismas que antes, se van adormeciendo en la carrera de la virtud, dejando correr y aun despreciando el uso de los santos Sacramentos y del bien obrar, con el pretexto de que teniendo un puro amor, han llegado ya al supremo grado de la perfeccion. Esta es la especie de contemplacion que debe despreciarse; pero no aquella contemplacion que tan eminentemente han poseído santa Teresa y tantos otros Santos, y que los ha movido á hacer acciones heroicas y á ejercer todas las virtudes; antes bien debemos tener por dichosos aquellos á quienes ha querido Dios conceder un tan precioso don. Pedid incesantemente á Dios el que no deje nunca de trataros de una manera tan favorable, y que sus dones y gracias os estimulen en

«el porte de una vida angelical, que os hace gozar sobre la tierra algun tanto de aquel reposo que los bienaventurados gozan en el cielo. Andad con Dios, y comulgad todos los dias, si podeis.»

Esta instruccion le produjo una viva alegría y el goce de una perfecta paz; pero como muy á menudo mudaba de domicilio su regimiento, le era preciso tambien mudar de director, lo que le originaba nuevas incertidumbres. Un buen director es muy difícil de hallarse, dice santa Teresa, y esto lo tenia por sí misma probado la ilustre virgen. Muchos por desgracia poco instruidos y poco iluminados en la via del espíritu, á quienes se comunicó en los diversos puntos en que estuvo, tuvieron por sospechoso su modo de vivir. ¡Un soldado, decian; comulgar todos los dias! un soldado, presumir tener contemplacion ignorada de muchos solitarios!... A un soldado le basta que asista á la misa y haga sus oraciones de mañana y tarde, y que rece con devocion la Corona ó el Rosario. Al oír tales discursos; quedó como fuera de sí de espanto, y dijo: «¡Oh Dios mio! será posible que yo me pierda en aquel mismo camino por el cual me esfuerzo por salvarme?... Yo, á la verdad, me puedo engañar; pero, Dios mio, Vos sabeis que desconfío de mí mismo; dignaos por tanto iluminar á vuestros ministros, á fin de que estos me iluminen.» Estaba revolviendo en su entendimiento estas dudas, cuando por su dicha vino á verle el oficial, su especial amigo, y hallándole en tal laberinto, le condujo á uno de los mas célebres teólogos de la universidad de Lovaina. Habiendo el soldado

referido todo ingénuamente á este teólogo, ya el modo de hacer oracion, ya la frecuencia con que comulgaba, le respondió: « Vos, amigo mio, sois «soldado, ¿y no reparais en comulgar todos los «dias?» A lo que contestó Filibert: « Yo soy sol- «dado, y el mas grande pecador que hay sobre «la tierra.» Y le refirió todos sus antiguos extra- «víos, el modo con que se convirtió, su plan de «vida, sus ejercicios de piedad y penitencias; y le «contó toda esta historia con los sentimientos tan «vivos ya de dolor, ya de alegría, que el sacerdo- «te al escucharle se sintió tan conmovido, que sus «ojos quedaron bañados en lágrimas, postrándose «á sus piés, pidiéndole perdon de haberle tratado «tan ásperamente, y por último le dijo: « ¡Ay her- «mano mio, comulgad en buen hora todos los dias, «pues mas digno sois vos que yo que todos los «dias sacrificio en el altar! La oracion hacedla tam- «bien como Dios se digne inspirárosla, pues no «debemos nosotros arreglar las operaciones de «Dios.» Desde aquel momento el buen penitente «siguió sin turbacion alguna el atractivo que le «guiaba.

Mas ¿quién dudaria que un siervo de Dios le- «vantado á tan alto grado de perfeccion no fuese «destinado á otra carrera que á la de soldado? En «efecto aun sus mismos directores así lo pensaban: «por lo que siguiendo sus consejos, despues de la «publicacion de la paz, pidió la licencia, á fin de «poder terminar sus dias en alguna soledad. Su «comandante antes de licenciarle, quiso consultar «con sus oficiales acerca la demanda del pio sol- «dado. No le pareció mal á Filibert esta proposi- «cion; antes bien dijo: « Ustedes son mis superio-

«res, y estoy bien persuadido que aquello que re- «solvieren será para mí lo que quiera Dios.» Y «fue decidido que para el bien del regimiento, y «para modelo de valor y de piedad, debia conti- «nuar en el servicio. A tal noticia respondió sin «queja alguna y con la mayor serenidad: «Ben- «dito sea Dios; si quiere que yo viva y mue- «ra soldado, sea únicamente para mas amarle y «servirle y para que sea amado y servido de to- «dos los otros.» Y así continuó asociando siem- «pre los deberes de su profesion militar con los de «la vida cristiana. Naturalmente era valeroso, pero «despues de convertido manifestó un valor el mas «intrépido en los peligros de la guerra, y acos- «tumbraba decir: « Yo no sé comprender, como un «soldado que se siente en pecado y se cree en des- «gracia de Dios, pueda á sangre fría arrostrar los «peligros. Desde que el Señor me ha hecho la «gracia de frecuentar los santos Sacramentos, no «hay cosa sobre la tierra que tema menos que la «muerte.»

No hubo circunstancia en que no se señalase y «sirviese de ejemplo á sus compañeros. Aunque «generalmente era reputado por uno de los mas «valerosos soldados del ejército, jamás se alabó; «y nunca se valió de aquel ascendiente que la fa- «ma y buena opinion le daban sobre el ánimo de «sus compañeros, sino para apartarlos del mal, y «especialmente de los duelos. Apenas tenia cono- «cimiento de alguna riña; cuando al momento ha- «cia todos los esfuerzos á fin de que no llegasen á «las manos, antes bien volviesen en amistad. « ¿No «veis, les decia, que este furor que os transporta «es un artificio del demonio, que quiere robar

«vuestras almas? ¿No es una vileza la mayor el  
«dejarse arrebatar así de la cólera, y cometer un  
«delito del que, calmada la pasión loca, os arre-  
«pentiríais al momento, y que tal vez este arre-  
«pentimiento desesperado lo sentiríais aun en me-  
«dio de las llamas del infierno? Sabed que Dios  
«amenaza y castiga de un modo el mas terrible  
«á los sanguinarios. Habiendo Jesucristo muerto  
«por todos, quiere que conservemos á todo trance  
«una alma que le costó su sangre adorable. El  
«rey tambien prohibe los duelos; y no penseis que  
«la ley del honor exija el duelo para vindicarse;  
«nada de esto, amigos míos, porque hay muchos  
«otros modos para hacer ver el valor, y no es me-  
«nester recurrir al vil atentado del duelo.» Pero  
si á pesar de estas y otras reflexiones que le su-  
geria la caridad y prudencia, no conseguia lo que  
deseaba, recurria á la autoridad de los oficiales  
superiores, y estos le daban orden de velar so-  
bre la conducta de los delinquentes.

¡Y qué esfuerzos no hizo para desarraigar el  
maldito vicio que tenian los soldados, de jurar  
aun por frioleras!... Decíales á veces con indigna-  
ción: «¡Oh gran Dios!... ¿Conoceis vosotros  
«aquél por quien tan fácilmente jurais? Cierta-  
«mente que no, porque si tuviéseis la fortuna de  
«conocer su bondad, omnipotencia y demás atri-  
«butos, no tendríais la insolencia de ultrajarle  
«tan fácilmente!»

La memoria del grande daño que el horrible

<sup>1</sup> ¿Qué diria este buen soldado, si estuviese entre los ejércitos españoles, cuando oyera á los soldados no solo jurar, sino tambien las mas execrables blasfemias contra el adorable nombre de Dios y de sus Santos?

vicio de la impureza habia causado en su alma,  
le armaba del mas ardiente celo para extirparlo  
del corazón de sus compañeros de armas; y como  
era cabo, tenia sobre este punto tan importante  
para las costumbres una firmeza inexorable, ex-  
clamando á veces con el mas vivo dolor: «¡Ah, si  
«de algun tiempo á esta parte no derrama Dios  
«sus bendiciones sobre nuestras armas como lo ha-  
«cia antes, nosotros tenemos la culpa, por haber  
«dejado entrar esos abominables pecados de la  
«impureza que tienen ensuciado el ejército! Y así  
«no solamente Dios pelea contra nosotros, sino  
«tambien la naturaleza misma; porque la lasci-  
«via corrompe los soldados, y estos cuanto mas  
«lascivos y afeminados, mas flacos: de lo que se  
«sigue que si han de hacer cara al enemigo, co-  
«mo viles cobardes abandonan el campo con la  
«mas negra y vergonzosa fuga...» Decia tambien  
á veces llorando: «Perder el cielo y preci-  
«pitarse en el infierno por una vil y momentá-  
«nea satisfaccion, es por cierto no saber lo que  
«vale el cielo ni lo que es el infierno. Mejor seria  
«que el cuerpo fuese abrasado por un rayo, y que  
«quedase convertido en un horrible monstruo cual  
«jamás se ha visto en la naturaleza, antes que de-  
«jarse arrastrar del vicio de la concupiscencia y  
«servir un solo instante de instrumento á este in-  
«fame pecado. Solamente en los eternos castigos  
«del infierno se comprende cuán grave sea este  
«pecado.»

Hacia Filibert tan cruda guerra al vicio, que  
parecia un apóstol bajo las insignias militares. Y  
en efecto, para el ejército lo era; por lo que da-  
ba señales de amistad á los mas libertinos, á fin

de ganar su confianza, inspirándoles sentimientos de arrepentimiento; decia á uno de estos: « Pon « fin, ó amigo mio, á tu modo de vivir disoluto; « pues quiero hacerte gustar placeres mas veraces « que los que con tanto ahinco buscas, ven... em- « pieza... no te costará mas que hacer el corto ca- « mino que va de aquí á la iglesia vecina... ven « conmigo... » Cuando los habia ganado usaba de inocentes artificios para asegurar la posesion de ellos. Uno de los mas eficaces era el valerse de los mismos para inducir á otros á la penitencia, ó solicitarlos á lo menos á hacer mejor vida: de lo que se seguia que estos nuevos convertidos se avergonzaban de recaer en sus primeros desórdenes y de no seguir un partido que ellos mismos aconsejaban á los otros. A veces jugaba con los jugadores de profesion, valiéndose de todas las ocasiones, á fin de hacerles conocer los peligros del juego, apartando con todo cuidado lo que conocia que podia acarrear alguna division. Muy á menudo entraba tambien en las tabernas, mezclándose con los mas grandes bebedores, á fin de contener con su presencia y ejemplo á los que se hallaban en ellas en los límites de la conveniencia, é impedir que no bebiesen con exceso.

Con su humor agradable y alegre tenia como cautivados en dulce paz á sus compañeros. Solamente era áspero y terrible con los libertinos y pendencieros, á quienes con toda libertad decia, que no se iba á la taberna para batirse, ni para escandalizar con palabras disolutas á los que en ellas se hallaban. Cuando iba con sus camaradas, si alguno queria beber mas de lo que era necesario, decia: « Basta, amigo mio, basta... nos-

« otros no vivimos para beber, buscamos única- « mente el honesto divertimento y el dulce pla- « cer de hallarnos juntos para beber como amigos « un vaso de vino. » Como desde su conversion ayunaba regularmente una parte de la semana, tenia el derecho de predicar la templanza; por lo que no solo detestaba la embriaguez, como hemos dicho, sino que tambien sabia á tal vicio inspirar horror, y decia: « Llenarse el estómago de « vino hasta perder la razon, es degradarse á sí « mismo; es bajarse hasta la condicion de los bru- « tos, y aun hacerse mas vil que estos; porque « los brutos solamente beben lo necesario para « apagar la sed, pero los gulosos los exceden. »

Como la virtud se sabe hermanar con todos los estados y condiciones, de aquí es que Filibert, aunque simple soldado, sabia hallar medio para convertir á sus mismos oficiales. En aquellos tiempos se hallaba muy viva la fe, y los principios religiosos y las buenas costumbres ocupaban el primer lugar en el ejército, y una gran parte de los oficiales eran muy hombres de bien y religiosos: á estos con la fuerza de sus palabras procuraba encender en el fuego de la piedad. Habia tambien otros, que no queriendo conocer los dones de una benéfica Providencia y las máximas de una sábia educacion, pisaban las mas santas verdades, procurando ahogar la voz interna con que eran reprendidos con los gritos de las pasiones que querian saciar. Filibert lloraba amargamente á la vista de un espectáculo tan deplorable, y expresándose con aquella libertad que está tan bien en boca de un viejo y buen soldado, decia á los oficiales jóvenes: « Señores, nosotros servimos

«á un amo que sirve á otro mas grande y poderoso que él, á quien nosotros debemos tributar y rendir nuestros homenajes. Nosotros sacrificamos para el rey todo lo que mas amamos: «no hay cosa alguna que pueda detenernos para dar cumplimiento á sus órdenes, hasta volar á los peligros de la vida, y esto para un rey de la tierra: y para el Rey de cielos y tierra, para el Rey de reyes, ¿qué hacemos? ¿tenemos el mismo ardor en cumplir sus santas leyes? ¿somos tal vez nosotros menos deudores á este que á aquel? ¿esperamos acaso menos de Dios que del monarca?...»

Si veía que le escuchaban con atencion, como casi siempre sucedia, les añadía: «¿De qué servirá á los mas valientes capitanes el haberse distinguido tanto conduciendo su ejército, reportando de las batallas las mas completas victorias, si finalmente quedan prisioneros, atados y amarrados con los pesados grillos y cadenas en las mazmorras encendidas de los infiernos? «¿De qué les servirá á Vds., señores míos, el ver sus nombres escritos en las gacetas y papeles públicos; el ser nombrados con alabanza en toda la Francia y fuera de ella, si al último tienen la desgracia de ser borrados del libro de la vida? «Y cabalmente esta desdichada suerte espera á aquellos que no quieren dejar el pecado.» Conocía muy bien nuestro buen soldado lo que perdian delante de Dios, para expiar sus culpas y pecados, aquellos guerreros que se quejan de las fatigas que trae consigo la guerra; por esto cuando les veía en camino expuestos á la lluvia, á los abrasadores rayos del sol en el estío, ó en peno-

sas marchas, les animaba á la paciencia, y les enseñaba el modo de santificar sus penas, uniéndolas con las que sufrió nuestro adorable Salvador. «Hagamos penitencia, hijos míos, les decia; otras penas mas terribles que estas tenemos bien merecidas.» Procuraba tambien que reconociesen en los oficiales la autoridad que Dios les habia dado, y por esto decia: «Sujetémonos gustosos á sus órdenes, imitando el ejemplo de aquel, que siendo el primero de los señores, se sujetó á los hombres mas furiosos é injustos, para enseñarnos á obedecer.»

En los lugares en donde eran alojados, procuraba no causar molestia alguna á los patrones, antes bien los ayudaba en los quehaceres de casa, instruía en sus obligaciones á los hijos, y atraía á todos á la piedad. Por esto era bendito en todos los lugares por donde pasaba su regimiento, porque su autoridad y buenos ejemplos hacian cumplir los deberes á los soldados, é impedían que se cometiesen desórdenes y violencias. Un dia una pobre mujer de un lugar por donde pasaba, lloraba en la puerta de su casa, porque no tenia cosa alguna con que poder dar de comer á los soldados que tenia alojados en casa; movido á compasion el buen soldado, le dió dinero suficiente para darles de cenar. No se ha visto quizá caridad mas fervorosa que la suya: daba á los pobres todo lo que tenia; iba á los hospitales á visitar y consolar á sus compañeros enfermos, y cuando veía á los enemigos prisioneros de guerra sin vestido y sin dinero, hacia una colecta entre el ejército, y los vestía y alimentaba.

En cualquier lugar que hiciese cuartel de in-

vierno hacia abundantes frutos; todos corrían á la Iglesia en que sabían hacia oracion ó comulgaba; su fervor y modestia eran unos atractivos tan fuertes que su solo aspecto era bastante para mudar los pecadores é inducirles á la penitencia. Apenas le oían hablar de Dios, cuando al momento se sentían encendidos de aquel amor de Dios que animaba sus discursos. Los principales señores de cierta ciudad en que su regimiento habia estado tres meses, afirmaron que nuestro fervoroso soldado habia hecho mas fruto con su ejemplo y buenos discursos, que no habrian hecho en igual tiempo los mas celosos misioneros.

Como estaba muerto para sí mismo, vivia únicamente para Jesucristo y para sus hermanos: estaba tan lleno de Dios y tan penetrado de su divino amor, que no podia pensar en otra cosa que en él, ni podia hallar felicidad en otra cosa fuera de él. ¡Oh cuán grave y penoso es el comercio de las cosas del mundo á una alma que no suspira sino por ir al cielo y se halla próxima á salvarse!... Así estaba nuestro soldado, cuando el Señor se dignó coronar sus trabajos. Todos se persuadieron que tenia alguna noticia de su muerte, porque en el dia de la Asuncion de la santísima Virgen en el año 1705 su ejército á marchas dobles se dirigia hácia Cassano, y como el calor era excesivo y los soldados se morian agobiados de la fatiga del camino y molestia de la sed, les dijo: «Tened paciencia, amigos míos; sabed que «quien sufre hoy, no tendrá que sufrir mañana: «esto lo digo por mí.» Por la noche llegaron á Cassano, y en el dia siguiente, que era la fiesta de san Roque, comulgó con doblado fervor en la

iglesia de Padres Capuchinos. Marchó su regimiento directamente hácia el enemigo, que ya habia empezado á atacar al ejército francés. La accion se empeñó un poco distante de la brigada del regimiento de Vexin; y como el siervo de Dios estuviere sobre las armas rogando y leyendo en un libro, en que despues hallaron la hoja vuelta, una oracion para todos aquellos que mueren en batalla, el regimiento de Perche se vió precisado á abandonar su posicion por el horroroso fuego del enemigo, y el regimiento de Vexin tuvo que acudir á su auxilio. Adelantándose entonces Filibert con su acostumbrado ardor á la primera línea que tenia señalada, fue herido de una bala de cañon y cayó en tierra; á uno de sus compañeros, queriéndole levantar para socorrerle, le dijo con moribunda voz: «No, no, caro amigo, «véte á tu lugar, ruega á Dios por mí, y á mis «compañeros diles de mi parte que les pido á todos perdon, y que en sus oraciones se acuerden «de este pobre pecador.»

La batalla duró mucho tiempo, y avanzando por último el ejército francés, obligaron al enemigo á retirarse en un bosque. Concluida que fue, el oficial íntimo confidente de Filibert volvió acompañado de cuatro soldados al lugar en que le habian dejado. Pero no tuvo el consuelo de hallarle vivo, porque acababa de espirar en los brazos de un sacerdote que la Providencia divina habia conducido á aquel lugar, y este ministro del Señor quedó extrañamente edificado de los piadosos sentimientos en que le habia visto morir. Le registraron, y halláronle los instrumentos de penitencia que muy á menudo usaba, como tam-

bien un libro de piedad, de los que se apoderó el oficial y los guardó como preciosas reliquias. Era tan grande la belleza de su alma, que aun separada del cuerpo, pareció se la habia dejado impresa, pues en su rostro se veia resplandecer tal hermosura, que era fuera del orden regular de nuestra naturaleza.

No tardó mucho en manifestar el Señor la gloria de su siervo con el siguiente caso: Estando el superior de los capellanes del ejército en cama por cierta enfermedad de apoplejía, sabida la muerte de Filibert, le invocó, y al instante se sintió sano; de manera que al día siguiente se fué á celebrar la misa en la tienda de un teniente general, quien viéndole le dijo: «¡Hola, señor! yo creia que estábais muy malo. — Lo estaba en efecto, respondió, pero luego que he invocado á un santo soldado que murió en la batalla de ayer, al instante he recobrado la salud. — El soldado, respondió, será Filibert; ya le conocia, era verdaderamente un santo.» Tal fue el testimonio de todo el ejército: muchos le lloraron y otros le invocaron, persuadidos que á una vida tan santa se le habria dado el cielo.

¡Oh cuán consolante y preciosa es la verdad que naturalmente se sigue de la historia de semejante vida! Y es que si el piadoso Filibert ha podido ofrecernos un modelo del más tierno fervor en medio del tumulto de las armas y expuesto á todos los peligros de la guerra; si ha conocido el arte de juntar un valor á toda prueba con la observancia fiel de los consejos evangélicos, todos se pueden salvar en cualquier condicion y estado permitido de la divina Providencia. Por tanto, no

hay estado ni condicion por espinosa ó peligrosa que sea, en que se pueda suponer imposible el salvarse, si se conoce que Dios nos ha colocado en ella. Aprended, ó soldados, vosotros que ejercéis una profesion tan noble y que la gratitud pública altamente os llama los salvadores de la patria; sabed que á este título tan noble podeis añadir otro título aun mas noble y mas digno de desearse, cual es el ser héroes de la Religion. Es verdad que no todos los soldados son llamados á aquel grado de perfeccion que fue llamado Filibert; sin embargo deben todos morir cristianamente, y para conseguir tal felicidad, ¿sabeis qué exige de vosotros el Dios de las misericordias? Escuchad la eterna Sabiduría, que habla por boca del Precursor ilustre del Salvador de los hombres, quien queriendo disponer á los pueblos para recibirle, les estimulaba á hacer frutos dignos de penitencia. De todas las clases de la sociedad se le presentaron, deseando saber y conocer lo que debian obrar: tambien acudieron soldados, remandándole qué debian hacer; y san Juan les respondió: *Guardaos de hacer vejacion é injuria á persona alguna, y contentaos con vuestra paga.* (Lucæ, III, 14).

Ahora me dirijo á vosotros, pecadores, que afeais y deshonorais la primavera de vuestra vida, que desde la mañana ya manchais la inocencia de vuestro corazon; á vosotros, pues, digo, ¿qué cosa os detiene, qué motivo puede justificar el retardo de entrar en el camino seguro de la penitencia? A la sola idea de aquellas obras de satisfaccion que os impone la necesidad de calmar la divina justicia, ya os estremeceis; pero pre-

gunto yo: ¿no es el estado de un verdadero penitente el estado mas feliz que hay sobre la tierra? Preguntádselo á un Agustino convertido, y os responderá que en la carrera de la penitencia se hallan inexplicables delicias. Es verdad que los primeros pasos son algo penosos; pero despues todo es paz, dulzura, alegría y amor. No hay duda que un humilde penitente de Jesucristo debe llorar hasta el sepulcro la locura de haber dejado reinar en su corazon la iniquidad; pero este dolor mismo es un sentimiento tan tierno y el corazon se halla tan bien con él, que con mayor propiedad se puede llamar efusion de amor y gratitud, que pena y dolor; porque este dolor se confunde con la alegría de la virtud. Esta pena no es otra que un dolor filial de haber conocido tarde á un Padre que nos ensalza á un tan grande y alto grado de felicidad y de gloria. Y así nuestra pena es perfeccion de nuestra alegría, del mismo modo que el encuentro y goce de una gran privacion forma el encanto y la dulzura de una perfecta felicidad: esta verdad la sentirán mas vivamente aquellos que han tenido la desgracia de ser deplorables víctimas del amor profano.

---

De todo esto que habeis leído, se ha de sacar por fruto y poner en práctica los tres puntos siguientes:

1.º En una profesion peligrosa, pero legítima, en la que, maduramente consultado, se conoce que Dios me ha colocado desde jóven, no tendré por imposible el salvarme.

2.º Sin embargo me persuadiré que voy por un

camino resbaladizo, y que estoy rodeado y amenazado de grandes peligros.

3.º Pondré la mayor atencion en considerar y ver en dónde ponga los piés. Tendré tambien grandísimo cuidado no solo de cautelarme á mí mismo, sino tambien de preservar á mis hermanos de vergonzosas caidas, concurriendo con todo mi poder para levantarlos.

## DEVOTOS EJERCICIOS DE UN SOLDADO

CRISTIANO.

Si todos los dias la divina Providencia extiende sus miradas benéficas sobre sus miserables criaturas, y llena, como dice la santa Escritura, á todo animal de sus bendiciones; si su misericordia nos preserva de tantos males, nos libra de tantos peligros, nos socorre en tantas necesidades, nos da vida, salud y alimento, es justo tambien, es un deber que todos los dias el hombre eleve sus manos al cielo para dar gracias á Dios, para implorar su auxilio, y para obligar su amorosa bondad á continuar sus benéfecencias.

La oracion es uno de los principales deberes que impone la naturaleza y la Religion. Por lo tanto no descuide el soldado cristiano dirigirse á Dios á menudo, y en particular al comenzar y acabar el dia. Para ayudarle, y facilitarle estos santos ejercicios he estimado oportuno, por remate de su educacion cristiana, poner las siguientes piadosas oraciones: